

NOMBRE DE LA ACTIVIDAD
VAMOS A ENTRAR EN UN CUADRO... LEYENDO Y ACTUANDO
AUTOR/A
PILAR CARILLA
APARTADO (según el MCER): http://www.cvc.cervantes.es/aula/didactired/didactiteca/indice.htm
Conocimiento del mundo, Capacidad de aprender
NIVEL
B1-B2
TIPO DE ACTIVIDAD
Explotación didáctica de un relato (<i>Trains du soir</i> de Matilde Martínez Sallés)
OBJETIVOS
Desarrollar estrategias lectoras Fomentar la cooperación Animar la lectura con técnicas teatrales Motivar el interés por la pintura
DESTREZA QUE PREDOMINA
Comprensión lectora, expresión oral
CONTENIDO GRAMATICAL
Expresar hipótesis Usos del imperfecto Los tiempos del pasado
CONTENIDO FUNCIONAL
Narrar hechos Describir lugares y personajes
CONTENIDO LÉXICO
Vocabulario del relato
DESTINATARIOS
Jóvenes y adultos
DINÁMICA
En parejas, en grupos, individual
MATERIAL NECESARIO
Fotocopias, cañón de proyección (facultativo), internet
DURACIÓN
6/8 horas de clase

VAMOS A ENTRAR EN UN CUADRO... LEYENDO Y ACTUANDO

ESTRATEGIAS PARA DISFRUTAR, COOPERAR Y ACTUAR
CON LA LECTURA DE UN RELATO CORTO EN CLASE DE ELE

*El autor sólo escribe la mitad del libro.
De la otra mitad debe ocuparse el lector*
Joseph Conrad

PRESENTACIÓN DE LA ACTIVIDAD

Nos vamos a adentrar en el mundo de un relato corto cuyo nombre intentaremos adivinar. Vamos a ir haciéndolo poco a poco, aprendiendo a la vez lengua, cultura y estrategias lectoras a través de la serie de actividades propuestas.

La autora del relato es Matilde Martínez Sallés, conocida por su trabajo en el mundo de la didáctica de ELE. Trabajó durante 6 años en Bruselas como Asesora Técnica de la Consejería de Educación. Podéis leer su trayectoria profesional en <http://matildemartinezsalles.wordpress.com/informacion>
El relato todavía no está publicado.



1) EL INICIO

Cuando todo empezó, se había desesperado. Ahora, espera. Sabe que es lo único que puede hacer. Espera pacientemente que alguien dé el primer paso. Entonces, solo entonces, podrá dar la vuelta a la historia, repetir la jugada y romper el maleficio. Pero sabe que espera quizá inútilmente ya que, para que todo pueda funcionar, es necesario que este alguien sea una persona muy especial, tan especial como para estar enamorado de las estaciones, tan enamorado o tan loco por las estaciones como ella, sin saberlo, en el pasado, lo estaba. Este amor era lo que la había conducido hasta allí. Y eso que la suya era únicamente una modesta estación de pueblo, tranquila, sin pretensiones, con marquesina y reloj antiguos. Una estación de una línea modesta, de esas que cada verano anunciaban que se suprimiría porque no parecía rentables.

- a)** Haciendo de detectives... Lee atentamente el párrafo y deduce las siguientes informaciones:
- ¿Quién es? ¿él o ella? ¿cómo lo sabes?
 - ¿Qué informaciones te facilita sobre su vida, su personalidad, su carácter?
 - ¿Qué está haciendo?
 - ¿Cuál es su estado de animo actual? ¿Y antes?

- b)** Compara con un compañero y, juntos, haced hipótesis sobre qué creéis que le ha pasado a la protagonista del relato y donde se encuentra ahora.

2. LOS RECUERDOS

a) (en grupos de 3) En el siguiente párrafo la autora nos va a contar como era la vida de la protagonista en el pasado, cuando vivía en la pequeña estación de pueblo: ¿Qué tiempo verbal va a utilizar? Discutidlo y poneos de acuerdo en grupo. Recordad también como se forma.

b) ¿Listos? Vamos a seguir leyendo, pero de una manera un poco especial. Vais a hacer un "dictado a la carrera" (FICHA 1)

Veis que en las paredes del aula hay TRES HOJAS pegadas en la pared. Cada hoja tiene un número que corresponde al número que tiene cada grupo (1, 2 o 3).

Por turnos, cada miembro del grupo se levantará, irá hasta la pared en la que está el texto de su número y memorizará una frase, lo mas larga posible. Además, tendrá que conjugar el infinitivo en mayúsculas en el tiempo del pasado que habéis acordado. De vuelta a su equipo repetirá la frase memorizada con el verbo conjugado para que cada compañero pueda copiarla en su hoja individual de dictado. Gana el grupo que termine el primero.

a) Corrección en grupos

b) En grupos de tres (un estudiante de cada grupo anterior 1, 2 y 3): Ordenad los fragmentos en el orden en que creéis que aparecen en el relato

c) Corrección en grupo-clase

d) Ahora vamos a jugar al BINGO (FICHA 2) para aprender el vocabulario que aparece en los fragmentos anteriores.

Vais a recibir cada uno un cartón y escuchar una serie de definiciones. Cuando la definición corresponda a una de las palabras que figuran en vuestro cartón, la tacháis. Gana el estudiante que grite "BINGO" el primero.

e) En parejas (FICHA 3) : Tenéis que dibujar la escena del fragmento que os ha tocado. Debéis dibujar todos los elementos mencionados. Podéis añadir otros nuevos que os imagináis en la escena.

f) En grupos de 4 (dos parejas con el mismo fragmento): comparad vuestros dibujos.

g) Exponedlos por las paredes del aula (nos servirán más adelante)

3. PRIMERAS IMPRESIONES DE SU NUEVA CIUDAD

a) ANTES DE LEER (en parejas y después puesta en común oral de todo el grupo)

- ¿Qué sabéis de la ciudad de Bruselas?
- ¿Podrías situarla en el mapa de Europa?

<http://soymapas.com/mapa-mudo-de-europa-en-blanco-y-negro.html>

- ¿Cómo os la imagináis?
- Si habéis estado alguna vez o bien mirando las fotos

<http://www.bxel.net/bruxelles.html>,

¿con qué la compararíais?:

- Si fuera un color sería...
- Si fuera un olor...
- Si fuera un sabor...
- Si fuera un fenómeno atmosférico...
- Si fuera un tipo de persona ...
- Si fuera un adjetivo...
- Si fuera un instrumento de música...
- Si fuera un medio de transporte...

- ¿Qué impresiones creéis que debe de dejar la ciudad en una persona acostumbrada a vivir en un clima mediterráneo?

b) Lee ahora el fragmento

De aquellos primeros días tenía grabadas en su piel la herida inesperada del aire frío, la carga de un cielo siempre, siempre, siempre gris y la húmeda compañía de la lluvia, persistente y rozada, cosas a las que le había costado adaptarse más que al nuevo trabajo.

La ciudad la había sorprendido. Nunca se había imaginado que Bruselas fuese una ciudad tan descuartizada. Dejando a un lado las zonas más conocidas y visitadas por los turistas, todo estaba sumido en un estrepitoso pero amable desequilibrio. La ciudad le evocaba la imagen de una vieja aristócrata empobrecida que por necesidad hubiera tenido que vender trozos de su casa y parcelas de sus jardines y sobrevivía envuelta en restos de rancio abolengo entre los edificios de distintas épocas que, sin ninguna armonía, le habían crecido a su alrededor. Pero tenía algo indefinible que le gustaba. Los pocos ratos libres que le quedaban había empezado a conocer aquellos rincones que Bruselas solo desvela a los que se le abandonan: el trajín del mercado de los muebles viejos; el olor de la gofres en cada esquina; el vino caliente y la sopa caliente de la taberna en la que tocaba Marcel, el acordeonista; el mismo Marcel, anciano y apuesto, con su bigotito blanco, sus ojos azules y sus canciones, medio en flamenco, medio en francés piropeando a las chicas y haciendo bailar a las parejas entre las mesas del bar; el tranvía que atravesaba el bosque y desde el que se podían ver saltar las liebres; las calles de las tiendas árabes que nunca cerraban, abarrotadas y rutilantes de objetos multicolores; los ritmos que salían de los bares de los congolese; el color cambiante de la tarde a través de los cristales del pasaje de los libreros de segunda mano. Bruselas, a pesar de su falta aparente de armonía, había empezado a atraparla.

- Realiza ahora las comparaciones con las impresiones de la protagonista:

- Si fuera un color sería...
- Si fuera un olor...
- Si fuera un sabor...
- Si fuera un fenómeno atmosférico...
- Si fuera un tipo de persona ...
- Si fuera un adjetivo...
- Si fuera un instrumento de música...
- Si fuera un medio de transporte...

4. LA VISITA AL MUSEO

a) ANTES DE LEER (trabajo individual con ordenador) busca en internet:

- × Los museos más importantes de Bruselas
- × Los pintores belgas más famosos del s. XX
- × Su(s) estilo(s) pictórico(s)
- × Elige el que te gusta más y explica por qué

b) Lee ahora el fragmento

Entró en el museo en una de esas incursiones que hacía para familiarizarse con el alma de la ciudad. No recordaba por qué razón había entrado, quizá porque hacía frío, quizá porque la lluvia caía con demasiada fuerza y poder pasear bajo un techo. Quizá fuera la fatalidad. En una de las salas había descubierto el cuadro. *Train de nuit* o *Trains de nuit*, no estaba segura de cómo se llamaba y era de un pintor surrealista belga de quien nunca había oído hablar: una estación de ladrillos rojos y un tren detenido; a la derecha, una valla blanca de madera, una hilera de postes eléctricos y, detrás de las vías, los árboles y las casas del pueblo. El cielo, azulado, gris y cromado, del mismo color que las vías y los vagones. Y una luna, delgada, delgadísima, presidiéndolo todo. Recordaba con qué fuerza la había emocionado la contemplación de esta pintura. Los ladrillos rojos, la valla de madera, la doble vía, el andén gris, los postes de la electricidad, las casas al otro lado de las vías, de repente se había sentido transportada hasta su estación, la que veía desde su ventana, allí en su pueblo.

- × Busca el cuadro en internet. ¿Se parece a los dibujos que habéis hecho en la actividad 2? ¿Cuál se parece más?
- × ¿Cómo se llama el pintor?
- × ¿En qué museo de Bruselas ha entrado la protagonista del relato?

5. La trampa

Volvió a su casa bruselense perturbada y convencida de que la sensación había sido una trampa que le había tendido su nostalgia. Pero al día siguiente había necesitado volver a visitar el cuadro, y al otro también, y al otro. Y así, las visitas habían adquirido una periodicidad y una puntualidad ritual. Para ella la estación, mejor dicho, su contemplación, era como asomarse a la ventana de su casa pero con una función simétricamente contraria. El cuadro no era una ranura de movimiento sino la baranda de quietud que necesitaba en la agitación de su nueva vida en su nueva ciudad.

Cuando intentaba recapitular todo lo que después había ocurrido, los recuerdos se le confundían y enredaban, quería separarlos uno a uno, paso a paso, y no podía. ¿Por qué? —se repetía una y otra vez— ¿Por qué se podía acordar tan nítidamente de unas cosas y no de otras que le interesaban mucho más?

Cuando intentaba recapitular todo lo que después había ocurrido...

- ¿Qué crees que va a pasar?

En grupos de 3, comentadlo y poneos de acuerdo.

Puesta en común en grupo-clase

6. LA AVENTURA INSÓLITA

Encuentra los TRES INFINITIVOS que se han perdido por el camino:

Por ejemplo, el instante preciso en que había decidido _____ al cuadro, el primer impulso, el movimiento de una pierna y después la otra no podía recordarlo. Le parecía, de forma difusa, que una vez dentro había pensado qué fácil había sido _____ en una pintura y que fácil era _____ por ella. También creía recordar la satisfacción que tuvo al verificar que sí, que las cosas eran como las había presentado: los ladrillos rojos, la doble vía, el andén gris, los árboles, las casas al otro lado. No, no se había equivocado, aquella era su estación.

7. EL ENCUENTRO

Observa el cuadro "Trains du soir"

http://www.artinthepicture.com/paintings/Paul_Delvaux/Trains-du-Soir

¿Qué otro personaje va a aparecer en el relato?

¿Quién crees que es?



Y si no recordaba en qué momento había entrado en el cuadro por primera vez, tampoco podía acordarse del momento exacto en que había empezado a charlar con la niña, la maldita niña a la que no había visto nunca antes de entrar en la pintura pues estaba escondida en un rincón, entre la valla de madera y los postes de la electricidad. Ahora tenía la certeza de que hasta este silencio inicial había sido intencionado ya que, ahora lo sabía, la muy astuta había actuado con una calculada precisión, sin dejar ningún gesto al azar. Porque al principio, durante un tiempo, no había dado señal alguna de su presencia. La había contemplado indiferente e inmóvil, la había dejado hacer, y solo cuando ya estaba acostumbrada, cuando sus visitas al museo no eran para admirar el único cuadro que la emocionaba sino para pasearse dentro de él, entonces, solo entonces, la niña había empezado a hablar con ella.

En parejas, imaginad una explicación coherente con las pistas que nos da el relato:
¿Qué papel va a tener la niña en la historia? ¿positivo o negativo?
¿De que van a hablar la niña y la protagonista?

8. LAS ESCAPADAS FURTIVAS

Seguid leyendo y comprobad :

Intentaba recordar cuándo. Tenía que hacerlo para que no se le escapara ningún detalle, pero no le era fácil. Estaba casi segura de que un primer momento, la niña, muy hábil, sí, se había limitado a saludarla, a comentarte algunas banalidades, naturalmente, a invitarla a seguir encaramándose a la pintura. Con esta actitud había dejado que transcurrieran algunas visitas, le había dado tiempo para que se recuperara de la sorpresa y para que viviera con naturalidad aquella dimensión extraordinaria. Meses más tarde, la niña le había indicado el itinerario a través del cual, cada vez que lo deseara, le había asegurado, podría viajar e ir a visitar a los suyos. Solo tenía que entrar en el tren por una de las puertas y cuando saliera por la puerta opuesta, se encontraría en la estación de su pueblo.

De ese modo había empezado la feliz etapa de los viajes. El procedimiento era muy sencillo.

9. IDAS Y VENIDAS

(En parejas)

ALUMNO A Observa todos los gestos que va a hacer tu compañero. Te ayudarán a ordenar las frases que continúan el relato:

- ① Siguiendo las instrucciones de la niña, subía al cuadro, una vez allí, montaba en el tren por una puerta, salía por la puerta opuesta y ya estaba en su pueblo, en el último tren, el de las once y media, el último de la noche, el que moría allí.
- ¿Cuántas veces, cuántos días, cuántos meses había podido escaparse y realizar aquellas visitas furtivas?
- Salía de la estación, visitaba a los suyos sin que la vieran, paseaba por las calles, contemplaba los últimos clientes del bar de la plaza y se iba a recorrer el Paseo para respirar el aroma del césped recién regado de los jardines de las villas de veraneo.
- Tenía que haber sospechado que aquello no podía terminar bien. Pero la frecuencia y la facilidad la habían traicionado, la habían hecho actuar con absoluta despreocupación.
- Después, volvía a la estación, volvía a entrar el mismo tren, salía por la puerta contraria y ya volvía a estar en el cuadro.
- No podía contarlos. Los recuerdos, en este punto, se enmarañaban como telarañas pegajosas.
- Cuando bajaba del marco, volvía a estar en el museo. Cuando salía a la calle, volvía a estar en Bruselas.

ALUMNO B Lee el fragmento y escenifica sin hablar todas las acciones para que tu compañero entienda lo que pasa.

De ese modo había empezado la feliz etapa de los viajes. El procedimiento era muy sencillo. Siguiendo las instrucciones de la niña, subía al cuadro, una vez allí, montaba en el tren por una puerta, salía por la puerta opuesta y ya estaba en su pueblo, en el último tren, el de las once y media, el último de la noche, el que moría allí. Salía de la estación, visitaba a los suyos sin que la vieran, paseaba por las calles, contemplaba los últimos clientes del bar de la plaza y se iba a recorrer el Paseo para respirar el aroma del césped recién regado de los jardines de las villas de veraneo. Después, volvía a la estación, volvía a entrar en el mismo tren, salía por la puerta contraria y ya volvía a estar en el cuadro. Cuando bajaba del marco, volvía a estar en el museo. Cuando salía a la calle, volvía a estar en Bruselas. ¿Cuántas veces, cuántos días, cuántos meses había podido escaparse y realizar aquellas visitas furtivas? No podía contarlos. Los recuerdos, en este punto, se enmarañaban como telarañas pegajosas. Tenía que haber sospechado que aquello no podía terminar bien. Pero la frecuencia y la facilidad la habían traicionado, la habían hecho actuar con absoluta despreocupación.

10. LA TRAICIÓN

(En parejas) Después de leerlo, imaginad qué hace y dice la niña. Representad la escena delante de la clase.

En cambio, ahora lo sabía, la niña había estado tramando el engaño mucho antes de su primera visita al cuadro. Todos sus gestos y complicidades habían sido parte de una estrategia para atraerla, para mantenerla en la pintura y para hacerse amiga suya. Cuando lo había conseguido, había empezado a preguntarte cosas de su vida y de la vida que hacía la gente de la calle, en la ciudad, en la vida de fuera, como ella decía. Siempre se lamentaba de que lo ignoraba todo pues había vivido en otra época y mostraba interés, curiosidad y admiración hacia todo lo que le contaba, sobre todo hacia las cosas personales. Y así, sus conversaciones se habían ido alargando y no recordaba de qué charlaban pero sí se acordaba de que hablaban mucho y de que nunca, en ningún momento, había sospechado ni temido nada. Hasta que -y lo que recordaba de aquel momento sí que era claro y todavía la hería como un cristal clavado en su vientre- había llegado el día fatídico en que la muy traidora le había propuesto jugar al juego antiguo e inocente del cambio de ropa y ella había accedido ingenua y excitada. Fue entonces, vestida con su ropa, fue entonces cuando la niña...

¿Qué escena de las representadas por los compañeros os ha gustado más? Descríbela:

Así continua el relato:

...le dijo que se iba, que salía del cuadro, que hacía muchos años, no sabía cuántos, que estaba esperando pacientemente que alguien se le acercara para poder hacer precisamente aquello que acababa de hacer: cambiarse de ropa y huir, por fin, de la pintura, salir a la calle, pasear por Bruselas, ver los cambios, conocer el mundo. Que había sufrido lo indecible por lo mucho que había deseado salir sin poder hacerlo. Y que la dejaba, allí, en un rincón del cuadro, inmóvil como ella lo había estado durante tanto tiempo. Que para poder irse solo tenía que esperar, esperar con paciencia, mucha paciencia, que apareciera alguien a quien le gustaran mucho las estaciones, que estuviera loco por las estaciones, que subiera al cuadro. Después solo tenía que repetir todo lo que había con ella. Y que no la odiara demasiado. Adiós.

11. FINAL Y COMIENZO

(En grupos de 3) Aquí podéis leer el final de la historia. Pero ha habido unos problemas con el ordenador, así que tendréis que colaborar: repartíos el trabajo.

a)

No puedes saber cuánto tiempo has pasado desde aquel fatídico momento porque has perdido completamente la noción de los días. Al comienzo de sentirse prisionero se había desesperado. Se había desesperado inútilmente. Ahora solo espera, solo puede esperar y lo hace con paciencia. Espera a una persona, solo una le basta, una persona que se emocione tanto frente a la pintura que el mismo impulso la haga subir, como ella hizo.

b)

Y cuando, dentro de un año, dos, veinte, cincuenta, qué sabe ella ahora del tiempo, este alguien haya dado el primer paso, entonces ella podrá hacer lo mismo que la niña y dejar a esta persona definitivamente instalada, sin poder moverla, como ahora lo está ella, dentro del cuadro.

Por eso espera. Espera torpemente, y, a pesar de que no quiere pensar de esa manera, muchas veces se pregunta si no espera absurdamente porque, probablemente, fuera, las cosas han seguido cambiando a velocidades vertiginosas.

c)

Y teme que la persona que podría liberarla, fascinada por las estaciones, capaz de entrar en una patología por un impulso, no llegará nunca. La patología que la atormenta y cuya respuesta no puede saber es si fuera, en la vida de fuera, hay todavía estaciones, estaciones con lunas rojas y vallas de madera, con doble valla e hileras de árboles y cables al otro lado. Si fuera, en la vida de fuera, todavía existen trenes dormidos en los andenes grises entre los postes de la electricidad. Trenes de noche, a punto de salir al día siguiente.

No puede saber cuánto tiempo ha pasado desde aquel fatídico momento porque ha perdido completamente la noción de los días. Al comienzo de sentirse prisionera se había desesperado. Se había desesperado inútilmente. Ahora solo espera, solo puede esperar y lo hace con paciencia. Espera a una persona, solo una le basta, una persona que se emocione tanto frente a la pintura que el mismo impulso la haga subir, como ella hizo. Y cuando, dentro de un año, dos, veinte, cincuenta, qué sabe ella ahora del tiempo, este alguien haya dado el primer paso, entonces ella podrá hacer lo mismo que la niña y dejará a esta persona definitivamente instalada, sin poder moverse, como ahora lo está ella, dentro del cuadro.

Por eso espera. Espera tozudamente, y, a pesar de que no quiere pensar demasiado, muchas veces se pregunta si no espera absurdamente porque, probablemente, fuera, las cosas han seguido cambiando a velocidades vertiginosas. Y teme que la persona que podría liberarla, fascinada por las estaciones, capaz de entrar en una pintura por un impulso, no llegará nunca. La pregunta que la atormenta y cuya respuesta no puede saber es si fuera, en la vida de fuera, hay todavía estaciones, estaciones con ladrillos rojos y vallas de madera, con doble vía e hileras de árboles y casas al otro lado. Si fuera, en la vida de fuera, todavía existen trenes dormidos en los andenes grises entre los postes de la electricidad. Trenes de noche, a punto de salir al día siguiente.

¿Qué os ha parecido el final? ¿Os ha sorprendido? ¿Se os ocurre otro?

12. BUSCANDO AL CANDIDATO IDEAL...

¿Qué condiciones tiene que tener la persona que podría liberar a la protagonista del relato? En los mismos grupos de 3, estableced la lista de sus características... ¿Qué persona de la clase os parece la mas idónea?

13. TU OPINIÓN, LECTOR(A)

¿Qué te ha parecido el relato? ¿Qué título le pondrías? Escribele un mensaje a la autora con tus impresiones, tu mayor sorpresa, lo que has descubierto, lo que más te ha gustado etc. Déjale un comentario en su pagina personal: <http://matildemartinezsalles.wordpress.com/informacion/>

14. ¡TÚ TAMBIÉN PUEDES SER ESCRITOR!

Elige ahora un cuadro en el que te gustaría entrar ...
Aquí tienes algunas webs de museos españoles:
<http://www.museodelprado.es/coleccion/galeria-on-line>
<http://www.museoreinasofia.es/index.html>

¿Qué pasaría dentro? Cuenta tu historia y preséntala a la clase

15. ¿QUÉ HAS APRENDIDO CON LA LECTURA DE ESTE RELATO CORTO?

VOCABULARIO (palabras, expresiones que no conocías)

GRAMÁTICA

ESTRATEGIAS LECTORAS

ARTE

CULTURA

CONOCIMIENTO DEL MUNDO

TRABAJO EN EQUIPO

Grupo 2 FICHA 1

(VIVIR) justo enfrente, desde su ventana (VER) llegar y salir los trenes y desde su balcón (PODER) hablar con la gente de los andenes. Muchas veces, esta situación le (SER) muy cómoda para dar recados de última hora: Tráeme eso o aquello, si vas a Barcelona. Ha llamado Ana y dice que no estará. ¡Recuerdos a Dani, dile que le llamaré! Durante el día, el pequeño barullo de los vagones y de las máquinas (MARCAR) su tiempo y la (DISTRAER) de la monotonía de su sedentario trabajo de traductora independiente, en casa, en la que (PASAR) un montón de horas delante del ordenador. La ventana que (DAR) a la estación (SER) una ranura de vida, un decorado de movimiento en la quietud de su existencia. (RECORDAR) que el momento del día que más le (GUSTAR) (SER) cuando (LLEGAR) el último tren, el de las once y media de la noche, el tren que (MORIR) en el pueblo.

Grupo 3 FICHA 1

Los ruidos que (ACOMPañAR) su llegada, su parada, las voces de los pasajeros que habían bajado y que (ALEJARSE), las luces que (APAGARSE), el chirrido del candado de la puerta que (CERRAR) el jefe de estación y el motor de su coche cuando (IRSE) le habían hecho compañía durante muchos años, pulsándole la llegada de la noche en la soledad de tantas traducciones intempestivas.

Su trabajo le (GUSTAR) mucho, sobre todo porque podía hacerlo sin moverse de su domicilio. Se había considerado afortunada porque (SER) una persona, o al menos así lo había creído, poco amante de situaciones complicadas. Todavía ahora, después de tanto tiempo, (PREGUNTARSE) qué la había empujado a aceptar aquel puesto de intérprete en Bruselas. (SER) un trabajo para un año, un año pasa deprisa, le (DECIR) todo el mundo, y ella también lo (PENSAR) para darse ánimos ya que, en, el fondo, le (DAR) bastante pereza irse. No, la verdad es que no (EXPLICARSE) qué (SER) exactamente lo que la había llevado sin pensarlo demasiado a tomar la decisión de ir a Bruselas.

Grupo 1 FICHA 1

Lo (REFLEXIONAR) obsesivamente, (TENER) mucho tiempo para hacerlo, y no (PODER) encontrar las razones por las que había dicho que sí.

Sus amigos habían interpretado que no había querido dejar escapar la oportunidad de un trabajo interesante y había tenido que escuchar sus irónicos comentarios sobre la mediocridad que supone querer hacer cambios en la vida y al mismo tiempo no querer asumir demasiados riesgos. Ella, sin embargo, lo (ATRIBUIR) todo a la fatalidad.

(RECORDAR) que había llegado a Bruselas llena de miedos, con la nostalgia de su gente y de la tranquilidad de su rutina laboral, hasta aquel momento, doméstica y sin complicaciones. De aquellos primeros días (TENER) grabadas en su piel la herida inesperada del aire frío, la carga de un cielo siempre, siempre, siempre gris y la húmeda compañía de la lluvia, persistente y tozuda, cosas a las que le había costado adaptarse más que al nuevo trabajo.

CORRECCIÓN

Grupo 2

Vivía justo enfrente, desde su ventana veía llegar y salir los trenes y desde su balcón podía hablar con la gente de los andenes. Muchas veces, esta situación le era muy cómoda para dar recados de última hora: Tráeme eso o aquello, si vas a Barcelona. Ha llamado Ana y dice que no estará. ¡Recuerdos a Dani, dile que le llamaré! Durante el día, el pequeño barullo de los vagones y de las máquinas marcaba su tiempo y la distraía de la monotonía de su sedentario trabajo de traductora independiente, en casa, en la que pasaba un montón de horas delante del ordenador. La ventana que daba a la estación era una ranura de vida, un decorado de movimiento en la quietud de su existencia. Recordaba que el momento del día que más le gustaba era cuando llegaba el último tren, el de las once y media de la noche, el tren que moría en el pueblo.

Grupo 3

Los ruidos que acompañaban su llegada, su parada, las voces de los pasajeros que habían bajado y que se alejaban, las luces que se apagaban, el chirrido del candado de la puerta que cerraba el jefe de estación y el motor de su coche cuando se iba le habían hecho compañía durante muchos años, pulsándole la llegada de la noche en la soledad de tantas traducciones intempestivas.

Su trabajo le gustaba mucho, sobre todo porque podía hacerlo sin moverse de su domicilio. Se había considerado afortunada porque era una persona, o al menos así lo había creído, poco amante de situaciones complicadas. Todavía ahora, después de tanto tiempo, se preguntaba qué la había empujado a aceptar aquel puesto de intérprete en Bruselas. Era un trabajo para un año, un año pasa deprisa, le decía todo el mundo, y ella también lo pensaba para darse ánimos ya que, en, el fondo, le daba bastante pereza irse. No, la verdad es que no se explicaba qué era exactamente lo que la había llevado sin pensarlo demasiado a tomar la decisión de ir a Bruselas.

Grupo 1

Lo reflexionaba obsesivamente, tenía mucho tiempo para hacerlo, y no podía encontrar las razones por las que había dicho que sí.

Sus amigos habían interpretado que no había querido dejar escapar la oportunidad de un trabajo interesante y había tenido que escuchar sus irónicos comentarios sobre la mediocridad que supone querer hacer cambios en la vida y al mismo tiempo no querer asumir demasiados riesgos. Ella, sin embargo, lo atribuía todo a la fatalidad.

Recordaba que había llegado a Bruselas llena de miedos, con la nostalgia de su gente y de la tranquilidad de su rutina laboral, hasta aquel momento, doméstica y sin complicaciones. De aquellos primeros días tenía grabadas en su piel la herida inesperada del aire frío, la carga de un cielo siempre, siempre, siempre gris y la húmeda compañía de la lluvia, persistente y tozuda, cosas a las que le había costado adaptarse más que al nuevo trabajo.

FICHA 2
BINGO DE DEFINICIONES PARA EL PROFESOR

PALABRAS:

El andén	Dar recados	Dar recuerdos	El barullo	La ranura
tráeme	Un montón	La ventana	La estación	La quietud
recordar	El ruido	La llegada	La parada	Los pasajeros
bajar	alejarse	apagarse	El chirrido	El candado
cerrar	Tozudo/a	pulsar	intempestivas	moverse
afortunada	empujar	darse ánimos	Dar pereza	Sin embargo
El miedo	La herida			

DEFINICIONES:

- 1) En las estaciones de trenes y autobuses, especie de acera al borde de la vía o de la calzada
- 2) Conducir o trasladar al lugar algo. Imperativo
- 3) Traer algo a la memoria
- 4) Descender de un vehículo; recorrer de arriba abajo
- 5) Lo contrario de abrir
- 6) Que tiene buena suerte
- 7) Sensación de alerta y angustia por la presencia de un peligro o mal, sea real o imaginario
- 8) Mandar un mensaje a alguien
- 9) Saludo afectuoso que se envía a alguien
- 10) Confusión, desorden
- 11) Hendidura estrecha en la superficie de un cuerpo sólido
- 12) Cantidad grande pero imprecisa de algo
- 13) Abertura hecha por lo general de la parte media a la parte superior de una pared para dar luz y ventilación
- 14) Sitio donde habitualmente paran los vehículos de los ferrocarriles y líneas de autobuses o del metropolitano
- 15) Sosiego, reposo, descanso
- 16) Sonido inarticulado y confuso más o menos fuerte
- 17) Lo contrario de *salir*
- 18) Lugar o sitio donde se para
- 19) Persona que viaja en un vehículo, especialmente de un avión, barco o tren, sin conducirlo
- 20) Distanciar, poner lejos o más lejos
- 21) Extinguir el fuego o la luz
- 22) Sonido agudo, continuado y desagradable
- 23) Cerradura suelta contenida en una caja de metal de la que se enganchan anillas o armellas con las que asegurar puertas, verjas u objetos con tapa
- 24) Obstinado, testarudo
- 25) Dar un toque o golpe a teclas o cuerdas de instrumentos o a los mandos de alguna máquina
- 26) Fuera de tiempo, inoportuno
- 27) Hacer que un cuerpo ocupe lugar distinto del que ocupa
- 28) Hacer fuerza contra una cosa para moverla
- 29) Darse energía moral, confianza
- 30) Falta de ganas o disposición para hacer algo
- 31) Expresión con valor adversativo, equivalente a 'no obstante'
- 32) Rozadura, corte, arañazo, llaga, lesión

FICHA 2
BINGO DE DEFINICIONES PARA EL ALUMNO

Cartón 1

el andén	la ventana	bajar	el candado	moverse
recordar	la llegada	cerrar	el barullo	darse ánimos
dar recuerdos	los pasajeros	afortunada	dar pereza	sin embargo
apagarse	intempestivas	empujar	el miedo	un montón

Cartón 2

la ranura	un montón	la estación	la llegada	tráeme
el ruido	alejarse	apagarse	afortunada	empujar
el chirrido	el candado	el andén	sin embargo	el miedo
intempestivas	moverse	darse ánimos	la herida	tozudo/a

Cartón 3

la estación	recordar	la parada	los pasajeros	dar recuerdos
la quietud	dar recados	afortunada	dar pereza	sin embargo
el chirrido	intempestivas	empujar	el miedo	la herida
pulsar	moverse	darse ánimos	tozudo/a	la ranura

Cartón 4

el barullo	tráeme	la quietud	la parada	la ventana
el ruido	bajar	moverse	dar recados	empujar
alejarse	pulsar	afortunada	sin embargo	el miedo
cerrar	intempestivas	dar pereza	la herida	tozudo/a

FICHA 3
¡A DIBUJAR!

(...) la suya era únicamente una modesta estación de pueblo, tranquila, sin pretensiones, con marquesina y reloj antiguos. Una estación de una línea modesta, de esas que cada verano anunciaban que se suprimiría porque no parecía rentables. Vivía justo enfrente, desde su ventana veía llegar y salir los trenes y desde su balcón podía hablar con la gente de los andenes. Muchas veces, esta situación le era muy cómoda para dar recados de última hora: *Tráeme eso o aquello, si vas a Barcelona. Ha llamado Ana y dice que no estará. ¡Recuerdos a Dani, dile que le llamaré!*

Durante el día, el pequeño barullo de los vagones y de las máquinas marcaba su tiempo y la distraía de la monotonía de su sedentario trabajo de traductora independiente, en casa, en la que pasaba un montón de horas delante del ordenador. La ventana que daba a la estación era una ranura de vida, un decorado de movimiento en la quietud de su existencia.

Recordaba que el momento del día que más le gustaba era cuando llegaba el último tren, el de las once y media de la noche, el tren que moría en el pueblo. Los ruidos que acompañaban su llegada, su parada, las voces de los pasajeros que habían bajado y que se alejaban, las luces que se apagaban, el chirrido del candado de la puerta que cerraba el jefe de estación y el motor de su coche cuando se iba le habían hecho compañía durante muchos años, pulsándole la llegada de la noche en la soledad de tantas traducciones intempestivas.

Cuando todo empezó, se había desesperado. Ahora, espera. Sabe que es lo único que puede hacer. Espera pacientemente que alguien dé el primer paso. Entonces, solo entonces, podrá dar la vuelta a la historia, repetir la jugada y romper el maleficio. Pero sabe que espera quizá inútilmente ya que, para que todo pueda funcionar, es necesario que este alguien sea una persona muy especial, tan especial como para estar enamorado de las estaciones, tan enamorado o tan loco por las estaciones como ella, sin saberlo, en el pasado, lo estaba. Este amor era lo que la había conducido hasta allí. Y eso que la suya era únicamente una modesta estación de pueblo, tranquila, sin pretensiones, con marquesina y reloj antiguos. Una estación de una línea modesta, de esas que cada verano anunciaban que se suprimiría porque no parecía rentables.

Vivía justo enfrente, desde su ventana veía llegar y salir los trenes y desde su balcón podía hablar con la gente de los andenes. Muchas veces, esta situación le era muy cómoda para dar recados de última hora: *Tráeme eso o aquello, si vas a Barcelona. Ha llamado Ana y dice que no estará. ¡Recuerdos a Dani, dile que le llamaré!* Durante el día, el pequeño barullo de los vagones y de las máquinas marcaba su tiempo y la distraía de la monotonía de su sedentario trabajo de traductora independiente, en casa, en la que pasaba un montón de horas delante del ordenador. La ventana que daba a la estación era una ranura de vida, un decorado de movimiento en la quietud de su existencia. Recordaba que el momento del día que más le gustaba era cuando llegaba el último tren, el de las once y media de la noche, el tren que moría en el pueblo. Los ruidos que acompañaban su llegada, su parada, las voces de los pasajeros que habían bajado y que se alejaban, las luces que se apagaban, el chirrido del candado de la puerta que cerraba el jefe de estación y el motor de su coche cuando se iba le habían hecho compañía durante muchos años, pulsándole la llegada de la noche en la soledad de tantas traducciones intempestivas.

Su trabajo le gustaba mucho, sobre todo porque podía hacerlo sin moverse de su domicilio. Se había considerado afortunada porque era una persona, o al menos así lo había creído, poco amante de situaciones complicadas. Todavía ahora, después de tanto tiempo, se preguntaba qué la había empujado a aceptar aquel puesto de intérprete en Bruselas. Era un trabajo para un año, un año pasa deprisa, le decía todo el mundo, y ella también lo pensaba para darse ánimos ya que, en, el fondo, le daba bastante pereza irse. No, la verdad es que no se explicaba qué era exactamente lo que la había llevado sin pensarlo demasiado a tomar la decisión de ir a Bruselas. Lo reflexionaba obsesivamente, tenía mucho tiempo para hacerlo, y no podía encontrar las razones por las que había dicho que sí. Sus amigos habían interpretado que no había querido dejar escapar la oportunidad de un trabajo interesante y había tenido que escuchar sus irónicos comentarios sobre la mediocridad que supone querer hacer cambios en la vida y al mismo tiempo no querer asumir demasiados riesgos. Ella, sin embargo, lo atribuía todo a la fatalidad.

Recordaba que había llegado a Bruselas llena de miedos, con la nostalgia de su gente y de la tranquilidad de su rutina laboral, hasta aquel momento, doméstica y sin complicaciones. De aquellos primeros días tenía grabadas en su piel la herida

inesperada del aire frío, la carga de un cielo siempre, siempre, siempre gris y la húmeda compañía de la lluvia, persistente y tozuda, cosas a las que le había costado adaptarse más que al nuevo trabajo.

La ciudad la había sorprendido. Nunca se había imaginado que Bruselas fuese una ciudad tan descuartizada. Dejando a un lado las zonas más conocidas y visitadas por los turistas, todo estaba sumido en un estrepitoso pero amable desequilibrio. La ciudad le evocaba la imagen de una vieja aristócrata empobrecida que por necesidad hubiera tenido que vender trozos de su casa y parcelas de sus jardines y sobrevivía envuelta en restos de rancio abotengo entre los edificios de distintas épocas que, sin ninguna armonía, le habían crecido a su alrededor. Pero tenía algo indefinible que le gustaba. Los pocos ratos libres que le quedaban había empezado a conocer aquellos rincones que Bruselas solo desvela a los que se le abandonan: el trajín del mercado de los muebles viejos; el olor de la galletas en cada esquina; el vino caliente y la sopa caliente de la taberna en la que tocaba Marcel, el acordeonista; el mismo Marcel, anciano y apuesto, con su bigotito blanco, sus ojos azules y sus canciones, medio en flamenco, medio en francés piropeando a las chicas y haciendo bailar a las parejas entre las mesas del bar; el tranvía que atravesaba el bosque y desde el que se podían ver saltar las liebres; las calles de las tiendas árabes que nunca cerraban, abarrotadas y rutilantes de objetos multicolores; los ritmos que salían de los bares de los congolese; el color cambiante de la tarde a través de los cristales del pasaje de los libreros de segunda mano. Bruselas, a pesar de su falta aparente de armonía, había empezado a atraparla.

Entró en el museo en una de esas incursiones que hacía para familiarizarse con el alma de la ciudad. No recordaba por qué razón había entrado, quizá porque hacía frío, quizá porque la lluvia caía con demasiada fuerza y poder pasear bajo un techo. Quizá fuera la fatalidad. En una de las salas había descubierto el cuadro. *Train de nuit* o *Trains de nuit*, no estaba segura de cómo se llamaba y era de un pintor surrealista belga de quien nunca había oído hablar: una estación de ladrillos rojos y un tren detenido; a la derecha, una valla blanca de madera, una hilera de postes eléctricos y, detrás de las vías, los árboles y las casas del pueblo. El cielo, azulado, gris y cromado, del mismo color que las vías y los vagones. Y una luna, delgada, delgadísima, presidiéndolo todo. Recordaba con qué fuerza la había emocionado la contemplación de esta pintura. Los ladrillos rojos, la valla de madera, la doble vía, el andén gris, los postes de la electricidad, las casas al otro lado de las vías, de repente se había sentido transportada hasta su estación, la que veía desde su ventana, allí en su pueblo.

Volvió a su casa bruselense perturbada y convencida de que la sensación había sido una trampa que le había tendido su nostalgia. Pero al día siguiente había necesitado volver a visitar el cuadro, y al otro también, y al otro. Y así, las visitas habían adquirido una periodicidad y una puntualidad ritual. Para ella la estación, mejor dicho, su contemplación, era como asomarse a ventana de su casa pero con una función simétricamente contraria. El cuadro no era una ranura de movimiento sino la baranda de quietud que necesitaba en la agitación de su nueva vida en su nueva ciudad.

Cuando intentaba recapitular todo lo que después había ocurrido, los recuerdos se le confundían y enredaban, quería separarlos uno a uno, paso a paso, y no podía. ¿Por qué? —se repetía una y otra vez— ¿Por qué se podía acordar tan nítidamente de unas

cosas y no de otras que le interesaban mucho más? Por ejemplo, el instante preciso en que había decidido subir al cuadro, el primer impulso, el movimiento de una pierna y después la otra no podía recordarlo. Le parecía, de forma difusa, que una vez dentro había pensado qué fácil había sido entrar en una pintura y que fácil era pasearse por ella. También creía recordar la satisfacción que tuvo al verificar que sí, que las cosas eran como las había presentado: los ladrillos rojos, la doble vía, el andén gris, los árboles, las casas al otro lado. No, no se había equivocado, aquella era su estación. Y si no recordaba en qué momento había entrado en el cuadro por primera vez, tampoco podía acordarse del momento exacto en que había empezado a charlar con la niña, la maldita niña a la que no había visto nunca antes de entrar en la pintura pues estaba escondida en un rincón, entre la valla de madera y los postes de la electricidad. Ahora tenía la certeza de que hasta este silencio inicial había sido intencionado ya que, ahora lo sabía, la muy astuta había actuado con una calculada precisión, sin dejar ningún gesto al azar. Porque al principio, durante un tiempo, no había dado señal alguna de su presencia. La había contemplado indiferente e inmóvil, la había dejado hacer, y solo cuando ya estaba acostumbrada, cuando sus visitas al museo no eran para admirar el único cuadro que la emocionaba sino para pasearse dentro de él, entonces, solo entonces, la niña había empezado a hablar con ella.

Intentaba recordar cuándo. Tenía que hacerlo para que no se le escapara ningún detalle, pero no le era fácil. Estaba casi segura de que un primer momento, la niña, muy hábil, sí, se había limitado a saludarla, a comentarle algunas banalidades, naturalmente, a invitarla a seguir encaramándose a la pintura. Con esta actitud había dejado que transcurrieran algunas visitas, le había dado tiempo para que se recuperara de la sorpresa y para que viviera con naturalidad aquella dimensión extraordinaria. Meses más tarde, la niña le había indicado el itinerario a través del cual, cada vez que lo deseara, le había asegurado, podría viajar e ir a visitar a los suyos. Solo tenía que que entrar en el tren por una de las puertas y cuando saliera por la puerta opuesta, se encontraría en la estación de su pueblo.

De ese modo había empezado la feliz etapa de los viajes. El procedimiento era muy sencillito. Siguiendo las instrucciones de la niña, subía al cuadro, una vez allí, montaba en el tren por una puerta, salía por la puerta opuesta y ya estaba en su pueblo, en el último tren, el de las once y media, el último de la noche, el que moría allí. Salía de la estación, visitaba a los suyos sin que la vieran, paseaba por las calles, contemplaba los últimos clientes del bar de la plaza y se iba a recorrer el Paseo para respirar el aroma del césped recién regado de los jardines de las villas de veraneo. Después, volvía a la estación, volvía a entrar en el mismo tren, salía por la puerta contraria y ya volvía a estar en el cuadro. Cuando bajaba del marco, volvía a estar en el museo. Cuando salía a la calle, volvía a estar en Bruselas. ¿Cuántas veces, cuántos días, cuántos meses había podido escaparse y realizar aquellas visitas furtivas? No podía contarlos. Los recuerdos, en este punto, se enmarañaban como telarañas pegajosas. Tenía que haber sospechado que aquello no podía terminar bien. Pero la frecuencia y la facilidad la habían traicionado, la habían hecho actuar con absoluta despreocupación.

En cambio, ahora lo sabía, la niña había estado tramando el engaño mucho antes de su primera visita al cuadro. Todos sus gestos y complicidades habían sido parte de una estrategia para atraerla, para mantenerla en la pintura y para hacerse amiga suya. Cuando lo había conseguido, había empezado a preguntarle cosas de su vida y de la

vida que hacía la gente de la calle, en la ciudad, en la vida de fuera, como ella decía. Siempre se lamentaba de que lo ignoraba todo pues había vivido en otra época y mostraba interés, curiosidad y admiración hacia todo lo que le contaba, sobre todo hacia las cosas personales. Y así, sus conversaciones se habían ido alargando y no recordaba de qué charlaban pero sí se acordaba de que hablaban mucho y de que nunca, en ningún momento, había sospechado ni temido nada. Hasta que - y lo que recordaba de aquel momento sí que era claro y todavía la hería como un cristal clavado en su vientre- había llegado el día fatídico en que la muy traidora le había propuesto jugar al juego antiguo e inocente del cambio de ropa y ella había accedido ingenua y excitada. Fue entonces, vestida con su ropa, fue entonces cuando la niña le dijo que se iba, que salía del cuadro, que hacía muchos años, no sabía cuántos, que estaba esperando pacientemente que alguien se le acercara para poder hacer precisamente aquello que acababa de hacer: cambiarse de ropa y huir, por fin, de la pintura, salir a la calle, pasear por Bruselas, ver los cambios, conocer el mundo. Que había sufrido lo indecible por lo mucho que había deseado salir sin poder hacerlo. Y que la dejaba, allí, en un rincón del cuadro, inmóvil como ella lo había estado durante tanto tiempo. Que para poder irse solo tenía que esperar, esperar con paciencia, mucha paciencia, que apareciera alguien a quien le gustaran mucho las estaciones, que estuviera loco por las estaciones, que subiera al cuadro. Después solo tenía que repetir todo lo que había con ella. Y que no la odiara demasiado. Adiós.

No puede saber cuánto tiempo ha pasado desde aquel fatídico momento porque ha perdido completamente la noción de los días. Al comienzo de sentirse prisionera se había desesperado. Se había desesperado inútilmente. Ahora solo espera, solo puede esperar y lo hace con paciencia. Espera a una persona, solo una le basta, una persona que se emocione tanto frente a la pintura que el mismo impulso la haga subir, como ella hizo. Y cuando, dentro de un año, dos, veinte, cincuenta, qué sabe ella ahora del tiempo, este alguien haya dado el primer paso, entonces ella podrá hacer lo mismo que la niña y dejará a esta persona definitivamente instalada, sin poder moverse, como ahora lo está ella, dentro del cuadro.

Por eso espera. Espera tozudamente, y, a pesar de que no quiere pensar demasiado, muchas veces se pregunta si no espera absurdamente porque, probablemente, fuera, las cosas han seguido cambiando a velocidades vertiginosas. Y teme que la persona que podría liberarla, fascinada por las estaciones, capaz de entrar en una pintura por un impulso, no llegará nunca. La pregunta que la atormenta y cuya respuesta no puede saber es si fuera, en la vida de fuera, hay todavía estaciones, estaciones con ladrillos rojos y vallas de madera, con doble vía e hileras de árboles y casas al otro lado. Si fuera, en la vida de fuera, todavía existen trenes dormidos en los andenes grises entre los postes de la electricidad. Trenes de noche, a punto de salir al día siguiente.